

■

CUENTOS

«LOS FUSILADOS» por *Cipriano Campos Alatorre*.—Apunte del autor por *Roberto Acevedo*.—Portada de *Julio Prieto* (1).

Existen dos tipos fundamentales en la novelística de la Revolución Mexicana. Uno—cuya mejor realización se encuentra en «El Aguila y la Serpiente», de Martín Luis Guzmán—participa del reportaje, el retrato y la fotografía. «Vámonos con Pancho Villa», de Rafael F. Muñoz, y en cierto modo «Cartucho», de Nellie Campobello, se acercan a ese tipo.

Mariano Azuela inició con «Los de Abajo», otro estilo de novela de la revolución, en la que no aparece ninguno de los grandes caudillos, y se elimina todo lo que sea alusión directa a los hechos y a las personas. Esto vale sólo para «Los de Abajo», ya que en «Las Moscas» el procedimiento era distinto y más directo.

Cipriano Campos Alatorre novela también con «Los de Abajo», la multitud anónima. Sus personajes son típicos y poco individualizados.

«Los Fusilados» es sólo un detalle de la lucha entre carrancistas y zapatistas, pero su autor logra dar—como sucede en las mejores páginas de Azuela y de Gregorio López y Fuentes—la temperatura de cien acontecimientos que no aparecen en su relato. Su lectura hace recordar a los soldados desesperanzados y desaharrados de «La Derrota», de Fadeiv. Los zapatistas que aparecen en el relato no tienen ninguna apariencia de soldados, pelean por la tierra, y van con sus soldaderas y hasta con sus hijos, a cuestas. No hay gran disciplina, pero sobra humanidad.

(1) Edición Sur. Oaxaca México, 1934.

—«Oiga, mi coronel, la verdad... yo ya me muero de hambre.

—Lo mismo decimos nosotros. Todavía uno se puede aguantar como los hombres, pero las...

—¿Sabe usted, mi coronel—prorrumpió Evaristo, mezclándose al grupo—que nosotros estamos hasta el copete de todo esto? Nueve años consecutivos de lucha por agrarismo... tierras por aquí y tierras por allá. Y al final del cuento no adquirimos más tierras que en la que nos caemos muertos.

—Hablas como un libro, comentó Santiago Luna, rascándose.

El coronel se puso pensativo... (pág. 20).

Primero se va a la pelea, y después se trata de averiguar por qué se pelea:

—«Oye, Evaristo—clamó Simón echando el brazo a su compañero. Yo no he podido entender eso del «agrarismo», por más que lo estoy oyendo a cada instante. Si he de hablarte con franqueza, yo no más me di de alta porque en la revuelta cerraron la fábrica, y no había que comer. Primero pasaron los carrancistas y estuve a punto de partir con ellos, pero me sentí algo enfermo... Cuando los fuí a buscar se habían marchado. Rodando vine a dar con ustedes. Yo pensaba que de morir de hambre a morir de un balazo, era preferible lo último, ¿qué te parece? Pero ya veo que aquí se pelea por algo»... (pág. 23).

Más, mucho más, que la idea revolucionaria predominan los motivos sentimentales: «Evaristo que en sus ratos de ocio era un algo músico y poeta a la vez, improvisó el «Corrido de Simón Gutiérrez», relatando las aventuras de éste, desde el día en que lo abandonara la mujer;

«Por ti, mujer desalmada,
me he dado a la perdición,
prefiero morir de un tiro
a morir por tu traición.

Ya con esta me despido;
señores digan su adiós,
a un pobre desventurado
que fué a la revolución».

En las escenas del fusilamiento, sádicas y melodramáticas y llenas de color «rojo y verde», pictóricas casi, culmina la tragedia menuda y angustiosa que enturbia las páginas de este cuento.

—«Son agraristas, querían su tierrita, ¿no es cierto? Pues ahora es cuando la van a aprovechar.

Simón, en quien un desesperado instinto de vida pudo más, echó a correr, nadie pudo saber cómo, con tres heridas en la espalda; pero un soldado le dió alcance y lo remató a machetazos.

Perseguidor y perseguido estuvieron dando vueltas alrededor de un maguey, durante un minuto de intensa expectación entre los que presenciaron aquella lucha desigual.

El soldado, enfurecido, tiraba tajos a diestra y siniestra gritando como un desaforado.

Gruesas, carnosas pencas de maguey caían sobre la hierba.

Simón se estiraba, se encogía, y daba saltos inverosímiles; pero de pronto se detuvo. Un machetazo había dado en el blanco. Con un hombro casi desprendido, y regando la tierra con su sangre cayó de rodillas.

—¡Hermano... hermanito...! ¡No me vayas a matar!

La sombra iba ascendiendo lentamente.

Atardecía.

Bajo la roja tragedia del ocaso, era igualmente doloroso el cuadro del hombre mutilado, y el maguey, con sus pencas vigorosas y verdes destrozadas...» (pág. 65).

El volumen trae cinco cuentos. Con «El Profesor Neraz» y con «María Concepción Curriel». (Confidencias de una Taquimecanógrafa)—equivalente en nuestra literatura a «La señorita Cortés Monroy», de *Januario Espinosa*—Campos Alatorre se nos

muestra como una buena promesa de novelista de la clase media mexicana.

Cipriano Campos Alatorre es un escritor muy joven, la misma variedad de temas que aborda en este volumen de cuentos, nos da la pauta de su indecisión y de sus posibilidades.—

JUAN URIBE ECHEVARRÍA.



«ESTAMPAS DE LA BIBLIA», de Juana de Ibarbourou

He leído reiteradamente—con ahinco pasional—este nuevo libro de perfume bíblico de la gran poetisa uruguaya. Ha sido editado por la Sociedad de Amigos del Libro Ríoplatense, esa empresa de lirismo piloteada por finos y penetrantes líricos de las dos orillas.

«Estampas de la Biblia» presenta, en fuertes y aromosos cuadros de evocación, las heroínas y patriarcas del Viejo Testamento. No es una substanciación gráfica, de perfiles decorativos, sino cierta desdibujación de facciones materiales para conseguir, en ágiles momentos de lucidez emocional, los relieves místicos y religiosos de las grandes figuras parlantes y actuan-tes de la Biblia.

Pero Juana de Ibarbourou ha tenido la insubstituible sabiduría estética de permitir que cada personaje se presente por sí mismo, vertiendo desde adentro la suma de emociones y sucesos que definen el lugar, la fisonomía interior y las evocaciones que caracterizan cada jerarquía. Las mujeres heroicas hablan de su entraña desgarrada, del amor tremendo, de la fe pasional o el instinto maldito; y hablan con el mismo ardor e intensidad de entonces, buscando el latido y las formas precisas del alma, a objeto de fijar la vibración espiritual con que viven en los siglos.

Es claro: estas «estampas» surgen de una maraña de lati-